

HENRI LABORIT:

"El instinto de dominación es solo un medio"

S E están prodigando últimamente las advertencias sobre la posible peligrosidad de la biología. ¿Opina usted que la biología es realmente peligrosa?

HENRI LABORIT.—Los genetistas están preocupados, es cierto. Están descubriendo que tienen cada vez mayores posibilidades de actuar sobre la información genética. Se empezó por las plantas. Hoy es posible modificar, añadir informaciones genéticas a la célula animal.

"El investigador es rara vez consciente de todas las consecuencias de sus actos. Gracias al estudio del sistema nervioso central, conseguí preparar el primer tranquilizante. No me imaginaba entonces que los tranquilizantes llegarían a ser utilizados un día regularmente por un noventa por ciento de los americanos. Cuando, al principio, se me hacían reproches en ese sentido, yo tendía a reclinar toda la responsabilidad. Decía que era la sociedad quien creaba las tensiones que sufrían esos hombres y que, sin esa droga, que deprimía las pulsaciones en el individuo sin hacerle feliz, los hospitales psiquiátricos habrían sido insuficientes. A veces me pregunto si no habrá contribuido a impedir a esos hombres luchar contra su sociedad, llevar a cabo, quién sabe, una revolución.

"Vaya usted a saber... Pero estoy seguro de una cosa: a la biología no le interesa cómo conseguir mutaciones en el hombre, sino comprender al individuo para llegar a transformar las estructuras sociales. Esa es mi meta.

—¿Opina usted verdaderamente que el biólogo puede explicarlo todo, incluido lo político y lo económico?

H. L.—No soy ningún "reduccionista". He dedicado mi vida a leer, a analizar los fenómenos que se producen en todos los terrenos. Y estoy de acuerdo con quienes arguyen que lo social, lo económico o lo político no pueden reducirse a lo biológico. No es posible, por ejemplo, reducir el estudio del sistema nervioso al de una simple neurona. Por el contrario, es imposible comprender el funcionamiento del sistema nervioso sin entender antes el de una neurona. Hace treinta años, el médico que detectaba en su paciente una cierta rigidez de nuca unida a un dolor de cabeza, temperatura, vómitos, pulso lento, diagnosticaba una meningitis. Entonces el médico administraba al enfermo aspirina,

le colocaba una bolsa de hielo en la cabeza, y lo más corriente era que el paciente falleciese a los pocos días.

"El modo de establecer un diagnóstico no ha variado desde entonces. Pero hoy sabemos hacer una punción lumbar, analizar el líquido céfalo-raquídeo, detectar el germen nocivo y administrar el antibiótico más eficaz. En una palabra, se ha conseguido averiguar lo que ocultaban esos síntomas, y eso ha posibilitado la curación del enfermo. Ahora bien, con harta frecuencia, el sociólogo, el psicólogo, el economista, el político actúan como el médico de hace treinta años. Se encierran en el análisis del lenguaje consciente... y no encuentran ningún remedio. El biólogo, sin embargo, con ayuda de las teorías de la información y la regulación cibernética, que datan de finales de los años cuarenta, dispone hoy por hoy de instrumentos aplicables a los distintos grados de organización, desde la célula hasta la especie humana.

—Muy bien, pero si el lenguaje consciente, la actividad social o incluso económica no son más que la parte visible del iceberg, ¿por dónde hay que empezar para "descifrar el mensaje del hombre", como usted dice?

H. L.—Es preciso comenzar por lo que nos distingue de las plantas, es decir, por el sistema nervioso. Y este sistema nervioso no tiene más que un solo objetivo, una única finalidad: actuar sobre el entor-

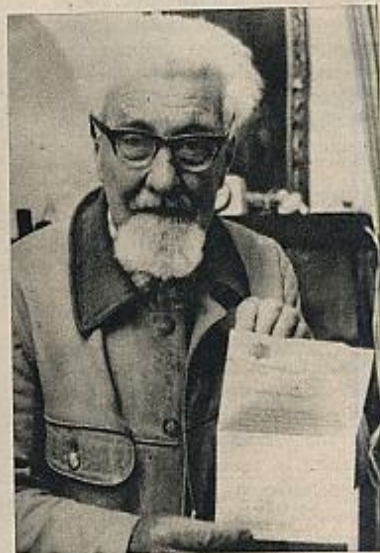
no a fin de mantener la estructura interna de un individuo en un medio que cambia sin cesar. Es el escalón más bajo del cerebro humano: el del hipotálamo y el tronco cerebral. Es todo de lo que disponen reptiles y batracios. Permite la supervivencia de la especie. Estamos programados, como el pajarito que, cuando ve una mancha roja que supone el pico de la madre, abre el suyo inmediatamente. Presentémosle un trapito rojo y actuará del mismo modo. Estamos en el terreno de los comportamientos instintivos: hambre, sed, reproducción, huida, educación elemental de los hijos. Este programa depende de la estructura misma de nuestro sistema nervioso. Está estereotipado, es incapaz de adaptación y de una memoria que vaya más allá de unas pocas horas.

"Los mamíferos tienen, además, lo que Mac Lean, autor de la genial teoría de los tres cerebros humanos, ha bautizado como sistema límbico: se trata del segundo escalón. Es el sistema de la memoria. Y, consecuentemente, de la efectividad. Pues no se puede experimentar sentimiento alguno hacia un objeto, un lugar o un individuo si uno no guarda de ellos ningún recuerdo. El recién nacido chillaba porque tiene hambre. Pero no siente dolor, no puede sentirlo: no tiene experiencia alguna de su entorno. Después, una vez adquirida esa experiencia, la criatura memorizará rápidamente lo que resulta agradable o desagradable,

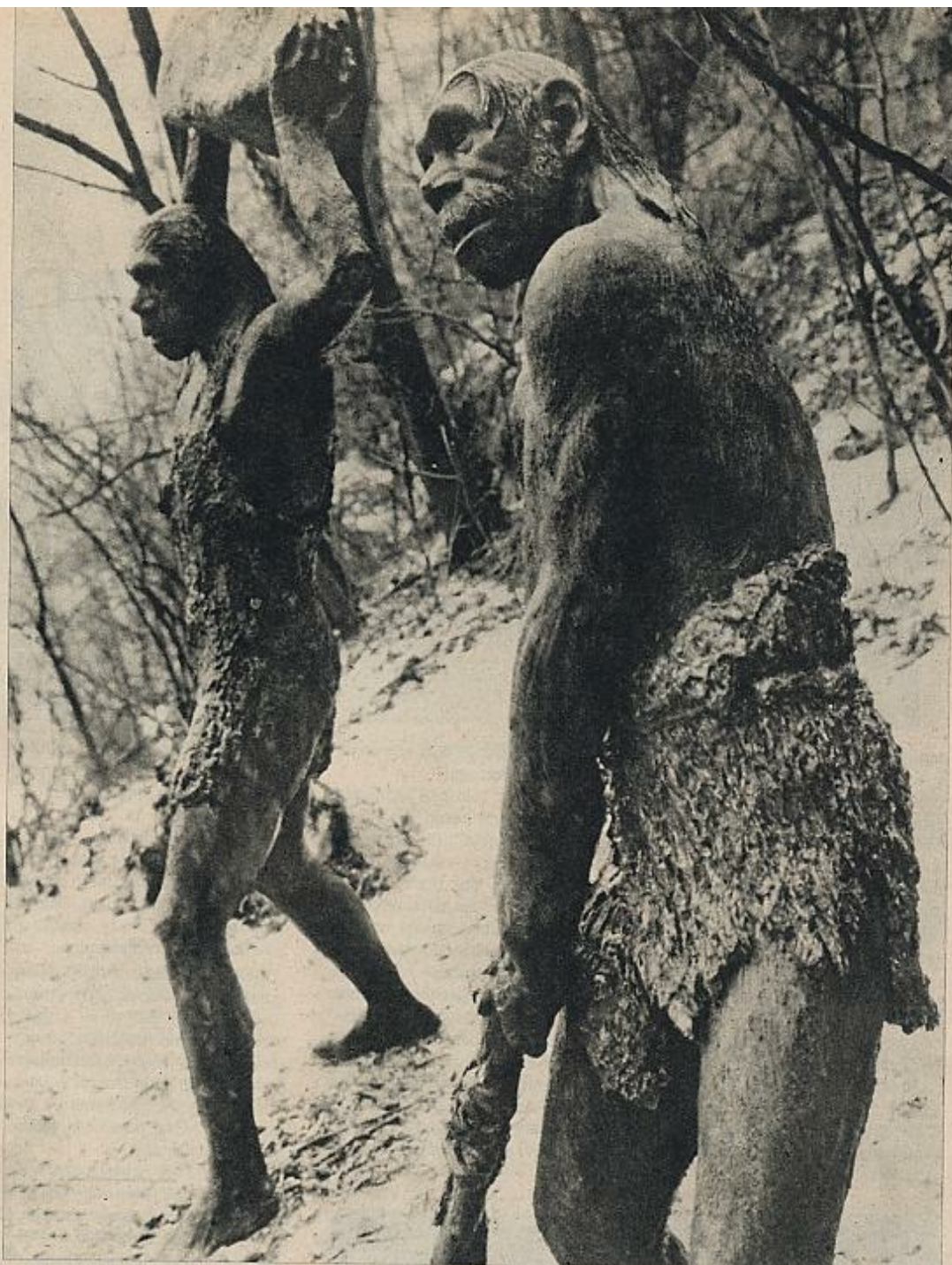
lo que produce placer, es decir, en definitiva, lo que mantiene su equilibrio biológico. Toda experiencia vivida se inscribirá en el cerebro mediante la creación de proteínas que codificarán determinadas sinopsis al tiempo que abrirán nuevos caminos para el influjo nervioso, un poco como se cablegrafía un circuito de ordenador. Así se establece el aprendizaje.

—La noción de territorio de la que habla Konrad Lorenz, la de propiedad, ¿tiene que ver con el instinto o, por el contrario, con el aprendizaje?

H. L.—No estoy de acuerdo ni con Lorenz ni con sus discípulos, quienes afirman que todo hace suponer que la noción de territorio es innata, que existe en algún lugar del cerebro como un centro de defensa del territorio. El territorio es, ante todo, el espacio en cuyo interior uno se ha dado gusto y como tal está inscrito en la memoria. No importa que el sujeto sea un animal, un hombre o una nación. Del mismo modo, uno se apegaba a los objetos gratificadores que se encuentran en ese espacio: la madre, los juguetes, etcétera. Arrebatada a un niño un juguete que no le hace gracia. No protestará. Quitada uno que le proporciona placer: se pondrá a gritar. Es el Edipo, aunque en distinto plano. Skinner ha demostrado que cuando uno se ha dado gusto con algo, es decir, cuando se ha mantenido el propio equilibrio biológico, uno dice: esto me pertenece. Pero sí, en el espacio que rodea a un niño,



Laborit: "No estoy de acuerdo con Lorenz y sus discípulos cuando afirman que todo hace suponer que la noción de territorio es innata, que existe en algún lugar del cerebro como un centro de defensa del territorio". (En las fotos, Henri Laborit, izquierda, y Konrad Lorenz.)



"El tercer escalón del cerebro es propiedad exclusiva del hombre: es la zona orbitofrontal, la que crea lo imaginario, organizando y disponiendo a voluntad los datos registrados por la memoria. Es la zona que utiliza el científico o la que utilizaría el hombre primitivo al tallar su sílex". (En la foto, dos figuras reconstruidas del "homo krapinaensis", según los restos encontrados en Krapina, Yugoslavia.)

usted instala una máquina especializada en dar puntapiés, jamás pretenderá que le pertenece.

Todo ello crea automatismos de los que somos inconscientes. El bien, el mal, la acción de conducir el automóvil, el comer, todo son automatismos. Y estos automatismos constituyen poco a poco en el cerebro dos haces distintos, que Olds y Milner señalaron hace veinte años: el haz de la recompensa y el del castigo. Conectad un electrodo unido a una palanca al haz de recompensa de una rata: el animal accionará la palanca miles de veces seguidas, olvidándose de todo lo demás, de comer y beber.

"El tercer escalón del cerebro es propiedad exclusiva del hombre. Es la zona órbito-frontal, la que crea lo imaginario organizando y disponiendo a voluntad los datos registrados por la memoria. Es la zona que utiliza, por ejemplo, el científico. O la que utilizaría el

hombre de Cro-Magnon al tallar su sílex. Añadía información al material según lo moldeaba. Y si el hombre ha podido, finalmente, dominar el mundo, es gracias a su sistema órbito-frontal, que le ha permitido crear nuevas informaciones.

—¿Hacen "buenas migas" los automatismos del aprendizaje y las pulsiones del cerebro primitivo?

H. L.—Cuando se ingresa en un grupo social, no es obligatorio que nuestras pulsiones se correspondan con la conservación del grupo. El niño escucha incesantemente: "Eso está bien, eso está mal, no te ensucies en los pantalones, etcétera". Una vez efectuado este aprendizaje, se actuará siempre con relación a una pulsión y a un automatismo, siendo ambos inconscientes.

—¿Quién dice un grupo, dice hoy también jerarquía. ¿Se trata tam-

bién de una necesidad biológica?

H. L.—La jerarquía se establecerá en cuanto el animal ingrese en un grupo, ya que cada individuo tratará de darse placer a sí mismo. El más fuerte acabará estableciendo su dominio. El gran jefe cubrirá a las hembras en la época de celo; los subjesos lo harán en las otras temporadas y los subalternos tendrán que aguantar sus ganas. Junte usted dos ratas. Será siempre la más fuerte la que beba primero. Generalmente, la más agresiva. Quien no domina no satisface sus propias necesidades. La aristocracia no es más que eso. Cuando en mil setecientos ochenta y nueve la burguesía empleó su fuerza para derribar a la aristocracia, institucionalizó a su vez, gracias al lenguaje, sus propias reglas de dominio. Estas reglas están establecidas, desde la Revolución, sobre la base del capital y la propiedad de

los medios de producción. Como para fabricar hoy mercancías es preferible manipular información abstracta, las jerarquías dependen en el siglo veinte del grado de abstracción alcanzado en las formaciones profesionales. Y nadie se plantea el problema de saber si el hombre está hecho para fabricar mercancías, si es eso lo que le produce "placer". Al individuo se le convierte desde la infancia en agente de producción. No es puro azar el que los niños aprendan la tabla de multiplicar antes que la organización del sistema nervioso.

—Si el hombre no encuentra placer, embutido como se halla en un sistema jerárquico, ¿por qué no está en revuelta permanente?

H. L.—En primer lugar, porque uno es siempre el superior jerárquico de alguien. La escala jerárquica es tremendamente sólida. Incluso el último de los peones se da una pequeña satisfacción cuando, por la noche, regresa a casa: da una bofetada a su hijo, insulta a la mujer, en una palabra, ejerce su dominio. Y ese individuo que está alienado todo el día en su trabajo, vacilará en hacer la revolución.

"Pero, al mismo tiempo, el llamado "malestar social" se manifestará a todos los niveles. El sistema jerárquico castra toda creatividad al castigar cualquier proyecto que no se acomode a los valores impuestos por los dominadores. Disminuye, pues, las posibilidades de acciones gratificadoras por parte de cada uno de nosotros. El organismo, cuyo equilibrio no se realiza como es debido, reacciona. Y así se llega a las afecciones psicósomáticas. O a la agresividad. En el chimpancé, la agresividad se origina siempre en un estímulo doloroso. Y se ejerce siempre sobre un animal dominado.

Los dominadores, una vez conseguida la victoria, dejan de ser agresivos. La dominación que ejercen es para ellos fuente de placer. Si sometemos a análisis su sistema neuroendocrínico, veremos que está débilmente estimulado, rebosan de un tipo de hormonas llamadas catecolaminas, cuyo papel es preponderante en el funcionamiento del haz del placer. Los dominados presentan, por el contrario, perturbaciones profundas.

—¿Es una fatalidad?

H. L.—En un organismo vivo, ninguna célula domina a otra. Todas ellas tienen la misma finalidad. La Naturaleza se preocupa del buen funcionamiento del mecanismo autorregulador. Cabe imaginarse grupo humano sin jerarquías y en el que sólo hubiera funciones. El instinto profundo no es el de dominar, sino el de darse gusto. La dominación no es más que un medio: el fin es el placer. Para evitar las relaciones de dominio entre individuos, entre grupos, entre naciones, habría que abrirse al mayor de los sistemas posibles: la Humanidad.

"En ese sentido marchamos poco a poco, desde hace siglos. ■ Declaraciones recogidas por GERARD PETITJEAN.